

El retrato de una época

Era necesario realizar el balance de la canción efectuada en España en los últimos años del franquismo y, en cierta forma, aquí está. "Me queda la palabra" (1) es la colección de entrevistas a autores y cantantes que fija los términos de aquel movimiento, sus límites, sus realizaciones y sus posibilidades. También su vigencia actual y su postura respecto del futuro más o menos inmediato. Aquí están, expresándose amplia, casi exhaustivamente, estos intérpretes y/o compositores: José Antonio Artza, Luis Eduardo Aute, Adolfo Celdrán, Manuel Gerena, Pablo Guerrero, Mikel Laboa, José Antonio Labordeta, Benito Lertxundi, Lluís Llach, Ovidi Montllor, Luis Pastor, Quico Pi de la Serra, Amancio Prada, los Sabanderos, Joan Manuel Serrat y Sisa. Por supuesto que faltan nombres, y algunos muy importantes o significativos (Paco Ibáñez, María del Mar Bonet, Carlos Cano, Elisa Serna, Rosa León... y varios más), pero, evidentemente, un trabajo de este tipo tiene también sus propios márgenes, sin que por ello se condicione decisivamente el resultado final. Y aquí el objetivo era dibujar a esos personajes escogidos, y a través suyo, el de todo un contexto, toda una época: el nacimiento de la canción antifranquista, sus problemas más esenciales —escasez de medios materiales, censura brutal, clandestinidad a todos los niveles—, y el desarrollo, la evolución de sus representantes desde los primeros 60 hasta el año 78, aproximadamente. Todas las entrevistas responden a un mismo e idéntico patrón, y las declaraciones han sido recogidas sin apenas ninguna elaboración. Es un método fotográfico el del libro de Ramón Trecet y Xabier Moreno que tiene la ventaja objetiva de retratar los contenidos, antes que interpretar los mismos. Los actores hablan por sí mismos, y de ahí también el título del riguroso trabajo y el carácter histórico del mismo. (La obra se completa con otras conversaciones a autores no españoles; Daniel Viglietti e Inti-Ilumani.) ■

(1) Ramón Trecet, Xabier Moreno: "Me queda la palabra". Dédalo Ediciones, S. A. 515 páginas.

ARTE

Pensaba dedicar mi espacio crítico de hoy al comentario de la bella —doble— exposición del joven artista vasco Iñaki Cruceta. Doble, digo, porque ha necesitado dos galerías madrileñas para mostrarse en su integridad y conjunto: Frontera, para la pintura, y Altex, para la escultura. Porque, sí, ejerce, por lo que puedo ver, ambas actividades al mismo tiempo, la de escultor y la de pintor. Y yo, que pensaba comentarlas conjuntamente, me parece que por hoy tendré que reducirme a una sola, que será la de escultura, ya que pienso que esa actividad, la de la escultura, queda como más dentro de la cultura de su pueblo. ¿Por qué? Acaso porque la escultura —la escultura de hoy, por supuesto— está como más cerca de la Prehistoria. Y los vascos, que no son nada prehistóricos, por lo que sea —y Oteiza nos lo podría explicar—, tienen abierta una sensibilidad megalítica.

Iñaki Cruceta: Esculturas

"Palpar ya es esculpir", dejó dicho alguna vez Alain, el gran crítico —literario— francés en sus no sé cuántas "lecciones sobre las bellas artes". "¿Palpar y nada más?", podría discutirle el gran maestro galo cualquiera de los escultores vascos actuales. Y añadiría: "Para nosotros, ya esculpe un levantador de piedras, y

tal vez unos aizkolaris, y tal vez...".

En la exposición escultórica de Iñaki Cruceta (1) he podido advertir todo un repertorio tipológico de figuras y escenas referidas a competencias y deportes populares vascos...: esos maravillosos deportes que en casi todas las ocasiones tienen su origen en trabajos —caseros o asalariados—, como el cortar de troncos de los aizkolaris; o el levantamiento de grandes pesos, esféricos o cuadrangulares; o tal vez la competencia en el arrastre de grandes pesos, mediante bueyes especializados... Porque, claro, los vascos tienen también sus deportes propiamente dichos —como la pelota, en todas sus especialidades—, y de todos ellos tiene una muestra Iñaki en su exposición. Yo ignoro hasta qué punto puede haber habido en Ignacio Cruceta una deliberación para conseguir ese repertorio de la cultura vasca que en su obra se manifiesta. Pero me parece que no. Yo creo más bien que esa obra —como la de los Zubiarre en su tiempo— fue el producto de una penetración permanente de la realidad en la sensibilidad.

Cruceta es, pues, un hombre de la cultura vasca, a la que alguna vez he estado dispuesto a considerar, también, "cultura del músculo"... Si, del músculo convertido en cultura... y eso hay muy pocos pueblos —en el mundo— que lo consiguen.

Pero yo creo que ahora se le puede conceder un lugar a Iñaki Cruceta en el escalafón —perdón, por la fea palabra— de la escultura vasca contemporánea, que es una de las primeras del mundo.

(1) Galería Altex. Madrid.

Cruceta aún no ha problematizado hasta el fondo el espacio, como muchos de sus paisanos vascos contemporáneos. No es que lo eluda, pero él, el espacio se lo encuentra sin plantearlo problemáticamente. Para Cruceta tiene un valor especial el peso volumétrico de las cosas. Y digo "peso" con absoluta deliberación, porque en su escultura hay una especie de ley gravitatoria, según la cual "las cosas pasan en razón directa de sus masas, e inversas... etc.". Efectivamente, hay, yo creo, una especie de énfasis sobre la condición grávida de las cosas. La cultura del músculo de los vascos —músculo corregido por la cultura— se manifiesta en su obra con mucha mayor fuerza en las partes inferiores... más en las piernas que en los brazos; más en las partes bajas del cuerpo que en las extremidades superiores...

Cuando hablo de la superioridad vasca en escultura —de la escuela vasca de escultura—, aún no pensaba en Cruceta. Pensaba, claro, en esa deslumbrante pléyade de nombres que son Oteiza, Chillida, Mendiburu, Basterrechea, etcétera. No pensaba aún en Cruceta... Y no pensaba en él porque, por su edad y trayectoria, aún no puedo considerarle, como a los otros, un maestro. Pero "una escuela", lo que llamamos "una escuela" en cualquier dominio del arte, no puede estar formada únicamente de maestros. Está formada también de los que auguran una posibilidad de continuación. Y yo creo que Cruceta será uno de los hombres por quien se continúe la gran escuela vasca de la escultura. ■ JOSE M. MORENO GALVAN.

"Hombres con redes", escultura de Iñaki Cruceta.

